

Algunas notas sobre el concepto de Modernidad

Juan Ignacio Jiménez A.

Resumen:

La modernidad es uno de los conceptos perennes en la discusión sociológica. En años recientes se puede observar una concentración de la discusión en el ámbito cultural y de la modernidad entendida como proyecto. En el artículo se defiende la idea que no se puede olvidar por ello las importantes transformaciones en la dimensión institucional y en la dimensión material que fueron coetáneas de los cambios culturales. Además, estos son cambios que no necesariamente tienen que ir combinados, de manera que una formación social institucional y materialmente moderna no requiere de un proyecto moderno, el que –finalmente- corresponde más bien al proyecto específico, de las sociedades en que se dio por primera vez la modernidad. En última instancia, la modernidad ha de ser entendida en un análisis histórico que nos permita superar las deficiencias que ha tenido el uso de la distinción tradicional / moderno.

Palabras Clave:

Modernidad, Sociología, Cultura, Instituciones, Dimensión Material

La discusión sobre la Modernidad en Sociología.

La modernidad es siempre uno de los conceptos cruciales de la sociología. Se puede plantear que el nacimiento de la disciplina dice relación con tratar de explicarse los cambios sociales que hemos venido en denominar modernidad, y que la sociología como disciplina es la ciencia social que intenta entender la modernidad (Giddens, 1977 [1973]). Pero una preocupación por la modernidad y por su desarrollo también se puede observar en diversas síntesis teóricas más recientes: En el análisis de Habermas sobre una colonización del mundo de la vida desde los sistemas (Habermas, 1987 [1981]), o en la discusión luhmanniana sobre la sociedad de sistemas diferenciados (Luhmann, 2007 [1997]); claramente estamos ante perspectivas que intentan dar cuenta de la modernidad. De hecho, en general podemos plantear que una característica importante de la teoría social en los últimos años ha sido un movimiento desde las síntesis teóricas generales a una preocupación por el cambio social contemporáneo (Joas & Knöbl, 2009 [2004], pág. 463). En todo caso, es claro que en las ideas de Beck sobre sociedad del riesgo (Beck, 2006) o de Bauman sobre la transformación a una sociedad líquida (Bauman, 1999), estamos ante una preocupación por elaborar un diagnóstico sociológico de las sociedades contemporáneas.

La modernidad ha sido también parte relevante de la discusión en la sociología latinoamericana, y en particular en la chilena. Los conceptos de Morandé (1984) sobre una identidad no moderna, o al menos no en torno a una modernidad ilustrada; y la respuesta de Larraín sobre la relevancia de la modernidad para la identidad en nuestras sociedades (Larraín, 2001) son una muestra de la presencia de la modernidad en el debate sociológico. De hecho, perspectivas que en primera instancia podrían no estar asociadas a una discusión de la modernidad –como la perspectiva de la matriz sociopolítica (Garretón, Cavarozzi, Cleaves, Gereff, & Hartlyn, 2004)- también están imbricadas en esta discusión. Una idea central en esta perspectiva es la idea de proyecto, y actores con proyectos se puede plantear es parte constitutiva de lo que es la sociedad moderna. Finalmente, esta discusión también está asociada a las transformaciones del estado-nación (Garretón, 2008), que es una de las instituciones claves de la modernidad.

Es interesante a este respecto una característica que se repite varias veces en las discusiones de la modernidad, siendo una además que en el debate local ha tenido una importancia incluso mayor: Entender la modernidad en términos culturales y subjetivos. En la división tradicional entre modernización y modernismo, podemos plantear que una parte importante de las discusiones de las últimas décadas sobre modernidad, y en particular en la sociología en Chile, se han centrado en la idea de modernismo.

Múltiples discusiones recientes sobre la modernidad están claramente orientadas en estos ejes. La discusión de Habermas sobre el proyecto de la modernidad (Habermas, 1989) no es un estudio solamente filosófico, los análisis de Taylor sobre los imaginarios de la modernidad (Taylor, 2006) también pueden entenderse como parte de esta visión de la modernidad. Los estudios de Inglehart sobre valores se entienden, finalmente, en torno a una concepción de la modernidad en que esta dimensión es crucial (Inglehart, 1997). Wagner (1997 [1993]) ha sido uno de los autores actuales más claros de esta postura: La modernidad para él se tiene que estudiar en términos del proyecto de la modernidad –y en particular, la creación de sujetos libres y autónomos-, y la dialéctica entre libertad y disciplina organiza las etapas de la modernidad que diferencia: liberal restringida, estructurada y liberal ampliada. Y en general no es difícil encontrar textos en que la modernidad se asocia al proyecto de la Ilustración (por ejemplo, Appadurai, 1996: 1) Como ya mencionamos, la discusión de Morandé (1984) y de Larraín (2001) son explícitamente discusiones de la modernidad en términos culturales. En última instancia, muchos sociólogos suscribirían a la siguiente declaración de Wagner: ‘hace más de dos siglos se registró en el nivel histórico y sociológico un cambio radical en los

discursos sobre los hombres y las sociedades. Esta ruptura discursiva estableció las ideas modernas como significados imaginarios para los individuos y las sociedades e instituyó así nuevos tipos de temas y de conflictos sociales y políticos' (Wagner, 1997 [1993], pág. 30).

Ahora, claramente esa no es la única forma de referirse a la modernidad. Hay otras dimensiones y otros procesos sobre los cuales también se puede discutir sobre modernidad: uno bien pudiera referirse a cambios en las instituciones o en las estructuras. Uno de los argumentos más claros de por qué los aspectos discursivos debieran tener prioridad en un análisis de la modernidad lo entrega el mismo Wagner. En primer lugar, el cambio es más radical –más revolucionario y más rápido- en lo que concierne a las ideas que en lo que concierne a las estructuras. En segundo lugar, los cambios más estructurales no fueron experimentados por las personas hasta mucho tiempo más tarde: por ejemplo, los medios de comunicación de masas no entraron en la experiencia cotidiana de las personas hasta muy desarrollado el siglo XIX o incluso principios del XX (dado que dependen de procesos de larga duración como la escolaridad).

Ninguno de esos argumentos parece muy crucial. Aunque los cambios estructurales pueden ser muy lentos no dejan de ser 'revolucionarios' en sus efectos. Y no hay que olvidar que los cambios discursivos también lo fueron: la aparición de nuevos discursos modernos puede haber sido una ruptura radical, pero los discursos tradicionales no desaparecieron abruptamente. Y en relación al segundo, es crucial reconocer que una estructura puede afectar la vida cotidiana de las personas sin necesariamente estar presentes en su experiencia: el desarrollo de los mercados mundiales puede afectar comunidades relativamente aisladas; y la industrialización produce efectos en sociedades que no la experimentan. La guerra industrial, y no hay que olvidar la importancia del conflicto militar como una de las dimensiones de la modernidad (Giddens, 1985), es uno de los casos más claros: las armas modernas y sus municiones requieren de procesos industriales, aun cuando sean usadas en contextos 'no modernos¹'. En última instancia, en sociedades que experimentaron la conscripción y la escolarización masiva –ambos cambios asociados a la modernidad- no se puede decir que la experiencia no haya afectado a las personas comunes y corrientes. Como bien lo plantea Hobsbawm, si uno exige que para que un cambio estructural sea revolucionario, sea un cambio que afecte de manera simultánea a todos los sectores de la sociedad, entonces prácticamente uno ha planteado que esos cambios son imposibles

¹ Alguien que, por ejemplo, plantee que América Latina no es moderna, claramente tendrá que aceptar que los productos de la guerra industrial se pueden ocupar en contextos no modernos, y cualquier conflicto en América Latina serviría de ejemplo.

(Hobsbawm, 1997, pág. 117): El crecimiento en la Revolución Industrial fue modesto, y las industrias con cambios radicales eran ocultadas por aquellas que seguían siendo más tradicionales, pero esto no obsta para observar que esos sectores que estaban sufriendo cambios fundamentales estaban produciendo efectos de gran importancia.

Fernand Braudel iniciaba su obra sobre *Vida Material, Economía y Capitalismo* (Braudel, 1979), con una visita imaginaria a Voltaire. Su principal intención es mostrarnos que si bien al discutir con Voltaire nos encontraríamos un mundo muy familiar; al pasar a la vida cotidiana y a los bienes materiales, nos encontraríamos con un mundo muy extraño. O para usar otro ejemplo, cuando De Vries y Van der Woude defienden la idea que la economía de la República de las Provincias Unidas era ya una economía moderna son estos los aspectos que enfatizan por ejemplo en relación a la población: 'In an Europe where population change still revolved around some combination of land, food prices, mortality crisis, and peasant norms, the relevant factors in the Republic had become: jobs, urbanization, migration, marriage age, a modern experience' (De Vries & Van der Woude, 1997, pág. 689). Algunos de los factores son culturales, pero no todos lo son.

Estas son transformaciones cruciales que diferencian nuestro mundo del mundo pre-moderno, y no son transformaciones capturadas en esta centralidad de la discusión sobre la cultura. Y parece que una discusión que no diera cuenta de ellas está abandonando algunos aspectos centrales de la experiencia de la modernidad. Por cierto que la discusión discursiva y subjetiva en torno a la modernidad se refiere a procesos muy reales en relación a ella: Existe tal cosa como el proyecto moderno, y hay tal cosa como la aparición de sociedades donde aparecen sujetos, y sujetos históricos en particular. Estos representan cambios cruciales para entender las sociedades contemporáneas y no pueden ser olvidadas. Pero no son los únicos.

Hay otras dos dimensiones que también sufren transformaciones que parecen ser relevantes en torno a la discusión de la modernidad. Al menos son coetáneas con la ruptura discursiva y subjetiva mencionada anteriormente: una dimensión institucional y una dimensión 'material'. La concentración en aspectos culturales y del proyecto moderno, si bien un necesario correctivo a modelos donde estos elementos prácticamente no aparecían, si corre el riesgo de hacernos perder de vista dimensiones donde ocurrieron transformaciones muy cruciales. Quizás no tan abruptas pero, al menos, igualmente relevantes y llenas de consecuencias.

En cualquier caso, no hay que olvidar algunas de las razones del énfasis en los aspectos subjetivos y de proyecto. No es tan sólo que esos hayan sido también cambios que

ocurrieron en la modernidad, sino que son cambios que tienen implicancias de suma relevancia. En particular, nos referimos a su impacto para entender el tema de la política: Uno de los elementos centrales para entender la modernidad en términos subjetivos, es entenderla como algo que emerge de la relación entre autonomía –la libertad de la sociedad para crearse a sí misma- y control –la expansión del dominio oracional sobre el mundo (Larraín, 2007: 41). Porque las dimensiones discursivas de la modernidad, en tanto auto-creación de los actores, son dimensiones que afectan el funcionamiento de la política y que dicen relación directa con ella. Pero las otras dimensiones que hemos mencionado, la institucional y la material, si bien pueden ser (y regularmente lo son) afectados por la política, no son creados en ella y por ella. Los cambios que permiten que en una sociedad sólo pocos se dediquen a la producción de alimentos, o que permiten el desarrollo de medios de comunicación, pueden ser promovidos o detenidos por la política, pero no son creados a través de procesos políticos. En última instancia, regímenes políticos de diverso tipo y con diversos objetivos y propuestas han existido en el siglo XX y XXI y el proceso de urbanización se dio a través de estos distintos proyectos: incluso aunque existieron proyectos anti-urbanos (pensemos en el caso de Pol Pot en Camboya) el hecho que estas sociedades están asociadas a la urbanización emergió incluso a pesar de ellos. En otras palabras, si uno quiere enfatizar y entender los aspectos políticos de la modernidad es la dimensión cultural la central. Las otras dimensiones representan elementos sobre los cuales la política juega y opera, pero no son dimensiones que se entiendan primariamente a través de la política.

Más allá de lo anterior, lo relevante es no olvidar que las transformaciones que diferencian a la vida social a partir del siglo XIX no se pueden reducir a una discusión sobre la extensión del proyecto moderno, y menos reducir a su vez la modernidad a alguna versión del proyecto ilustrado.

Antes de continuar, empero, se hace menester resolver el tema de qué entenderemos por modernidad. Siendo uno de los conceptos recurrentes de la sociología, el número de definiciones de la modernidad, y las propuestas sobre el ámbito espacial y temporal que cubre el concepto es bastante amplio. Sin embargo, es posible observar lo siguiente: Hay entidades sobre cuyo carácter moderno no se discute, por ejemplo Inglaterra en el siglo XIX, otras sobre las cuales se discute, y otras para las cuales su carácter no moderno no está en discusión, como pueden ser la Francia del siglo XII o el Califato. Los procesos modernos han de ser procesos que claramente distingan al primer tipo de casos del segundo.

La Dimensión Institucional de la Modernidad

En relación a la dimensión institucional, se puede decir que las sociedades modernas son sociedades en las que ocurren cambios como los siguientes: con alta urbanización, que son afectadas en su vida cotidiana (aun cuando ellas no participen activamente) por la industrialización, son sociedades con medios de comunicación (que permiten desacoplar la participación en actividades sociales de la información sobre ellas), son sociedades donde amplios espacios de la vida social operan a través de organizaciones, y en particular sociedades donde el trabajo asalariado se transforma en una de las bases de la organización del trabajo y donde la vida económica se organiza en torno a 'firmas' y 'compañías', sociedades donde existe y la vida social se ve afectada por el desarrollo de la ciencia (y en particular, de esa mezcla de matemática y empiria que caracteriza a las ciencias naturales desde el siglo XVII en adelante). Es posible tener modelos más sucintos y sistemáticos, como la definición de Mouzelis, para quien las características estructurales de la modernidad son la integración de toda la población en el centro nacional, una diferenciación de arriba hacia abajo y procesos de individualización ampliados (Mouzelis, 2012); pero para nuestros propósitos una mirada más extensiva a estas transformaciones sea más adecuada.

Y estos corresponden a cambios que también son rupturas radicales. En lo que se refiere a la urbanización, no existen sociedades con niveles de urbanización cercanos al 80% en sociedades pre-modernas. El hecho que recientemente el nivel de urbanización global haya superado al 50% representa un nivel de urbanización más alto que el de prácticamente casi cualquier sociedad pre-moderna. Probablemente, la República de las Provincias Unidas con un máximo del 45% en 1675 (De Vries & Van der Woude, 1997: 60, Israel 1998 se ubiquen entre los más cercanos, pero por otro lado estamos hablando de una sociedad de la cual ya se puede plantear su carácter moderno para esas mismas fechas. Los medios de comunicación como tales son prácticamente una invención de la modernidad: el periódico, y todos sus descendientes, son una invención de estas sociedades (Thompson, 1998 [1997]). Es interesante el hecho que no se puede simplemente decir que los medios impresos son una consecuencia de la imprenta: China y Japón –que conocieron la imprenta, y que conocieron una industria editorial relativamente masiva (Matsunosuke, 1997)- no conocieron los medios de comunicación. La organización como forma social no es un invento de la modernidad, las primeras organizaciones aparecen con el desarrollo de las primeras sociedades complejas, pero el hecho que gran parte de la vida social se experimente a través de organizaciones, que gran parte de los 'problemas sociales' se resuelvan institucionalmente a través de organizaciones sí se puede plantear es una característica de las sociedades modernas (Coleman, 1990). Y de hecho, la corporación como estructura organizativa –con la

creación de una estructura divisional, con la creación de directorios etc.- sí se puede plantear fue una creación de la modernidad (Ekelund & Tollison, 1997; Pomeranz, 2000), creadas por los requerimientos del comercio colonial, la compañía holandesa (la VOC) con sus propietarios accionistas, sus directores (los *Heeren XVII*) y su dirección general (su CEO si se quiere) en Batavia tiene varias similitudes con sus descendientes contemporáneos (Adams, 1996).

A su vez estas transformaciones han tenido profundas influencias y han estado muy imbricadas entre sí. La formación de los mercados modernos –donde el mercado ya no se refiere a un espacio concreto donde se realizan transacciones económicas, sino a un espacio abstracto- requiere de las comunicaciones ‘modernas’: sin ellas no sería posible disociar lugares del mercado. De hecho, en la ‘modernidad temprana’ esa ligazón era crucial: la función de un Amsterdam como *entrêpot* del comercio mundial se basaba en la cercanía física entre todos los lugares centrales que organizaban el mercado, desde la Bolsa hasta los lugares de almacenamiento, que era lo que permitía la existencia de un mercado coordinado (De Vries & Van der Woude, 1997). Del mismo modo, uno podría pensar que la relación de la ciencia con los medios ha sido crucial en el desarrollo de la ciencia como institución: los resultados científicos se diseminan a través de esa institución que es la revista científica –que es un tipo de medio finalmente. Es la publicidad de la ciencia, si se recuerdan las clásicas concepciones de Merton al respecto, una parte esencial de lo que constituye la organización social de ella; y por lo tanto el paso del secreto a la comunicación por carta, y de ahí al conocimiento público como lo representa la revista científica, representan pasos cruciales en este proceso..

Los cambios que hemos mencionado son todos ellos cambios institucionales, referidos a las formas que sigue y que tiene la vida social. Y estos cambios operan a través de distintos contextos de cultura y de sentido: el hecho de vivir en contextos urbanos y con una presencia constante de medios es algo que caracteriza a casi todas las sociedades actuales, independiente de si en sus aspectos discursivos o culturales se pueda discutir si son modernos. En relación a sus pautas culturales se puede debatir el carácter moderno de Chile o Latinoamérica, pero en relación a los aspectos recién analizados sencillamente no se puede. En todos esos aspectos, se asemejan más a los Estados Unidos o Francia, que en última instancia representan los países de los cuales nunca se discute si son o no son modernos en sentido cultural, de lo que se podrían asemejar a una sociedad del siglo XV: las sociedades latinoamericanas, al igual que los países clásicamente modernos, y en contraposición con sociedades pre-modernas, cuentan con altos niveles de urbanización, medios de comunicación masivos, su vida económica está cruzada por corporaciones. Y esto sólo para mencionar las dimensiones

institucionales que hemos tratado explícitamente en estas notas, que para nada agotan todas las dimensiones relevantes.

En este sentido, esta dimensión institucional puede entenderse como una forma de ‘tecnología social’ de la modernidad. Pensada de esa forma, la modernidad es equivalente, en cierto sentido, a la formación de las primeras sociedades complejas, en las que el nacimiento del Estado, la escritura y las ciudades también implicaron un cambio en las formas básicas de organización social (Maisels, 1999). En cierto sentido, si uno recuerda el análisis de Marvin Harris, es un cambio desde sociedades en las cuales el lenguaje del parentesco es el organizador básico de la vida social a sociedades que usan además otros lenguajes (Harris, 1979). Y en ese caso también estábamos ante un cambio que cruzaba a través de diversos contextos culturales, y que se resiste a ser explicado solamente a través de los discursos y de los sujetos. El nacimiento de estas sociedades en el contexto chino, indio o mesopotámico se hizo en culturas muy distintas, con ideas y significados muy diferentes, pero en todos esos casos se compartía la misma tecnología de organización social: en todas ellas podíamos observar Estados que cobran impuestos, el desarrollo de administraciones que requieren registros y de contabilidad, la generación de una cultura escrita –en manos de especialistas, y así sucesivamente.

La Dimensión Material de la Modernidad

En relación a la segunda dimensión, que hemos denominado ‘material’ podemos establecer algo similar a lo dicho anteriormente. Bajo estas perspectivas, las sociedades modernas son sociedades donde se experimentan aumentos gigantescos en el uso energético por parte de la sociedad, con aumentos de la productividad en una escala mucho mayor que antes de ella (Voth, 2001), en que el aumento de la población es también notable, y donde el aumento de la calidad de vida, medida en indicadores físicos tales como la esperanza de vida y la estatura media de las personas, ha sido también de una gran envergadura. En última instancia estamos hablando de sociedades en las que, por vez primera, la mayoría de la población no trabaja directamente en la consecución de alimentos (de hecho, esto no es sólo una novedad en las sociedades humanas, sino en la vida biológica general). Quizás la forma más clara de visualizar estos cambios dice relación con la demografía: En el Imperio Romano la esperanza de vida se calcula entre 20 y 30 años, una estimación que no ha cambiado sustancialmente en las últimas décadas (Parkin y Pomeroy, 2007: 44, Duncan-Jones, 1990). Sociedades en que buena parte de las personas adultas ya habían perdido a sus padres. La esperanza de vida de las sociedades modernas, y en particular su sostenido aumento representan fenómenos claramente inimaginables en las sociedades pre-modernas.

Este es un cambio que, por decirlo de alguna forma, futuros arqueólogos y futuros paleontólogos podrían descubrir, es un cambio que está en nuestros 'huesos' (tanto en lo que se refiere al número de ellos como a sus características, por ejemplo la estatura). Cuando pensamos en los efectos ecológicos de la sociedad moderna estamos pensando en estas dimensiones. Aquí la diferencia no es que las sociedades pre-modernas no sufrieran catástrofes ecológicas producidas por ellas mismas, dado que sí lo experimentaban y si producían ese tipo de situaciones (Diamond, 2005) La diferencia se da nuevamente en su escala: ninguna otra sociedad había tenido la capacidad para afectar la concentración de elementos en la atmósfera. El ejemplo de sociedades pre-modernas que produjeron catástrofes ecológicas también servirá para criticar a quienes sostengan que son atributos de los discursos y conceptos modernos los que producirían problemas ecológicos, y que eso no ocurría en sociedades pre-modernas más adaptadas y más cercanas a la naturaleza. Eso sólo ocurre, si se quiere en el discurso del 'buen salvaje', pero ese es un discurso típicamente moderno.

Nuevamente nos encontramos aquí con un cambio fundamental. En relación a este cambio aquí la modernidad es equivalente al neolítico: también un cambio básico en la materialidad de la vida social: el paso a un régimen productor de alimentos (a la agricultura y la ganadería) desde un régimen recolector también produjo cambios centrales en la demografía de las sociedades y en el uso de recursos. Es interesante hacer notar que no necesariamente este cambio implicó un cambio en la tecnología social –sociedades basadas en pequeños grupos podían vivir en ambos regímenes-, por lo que la relación entre cambios de esta dimensión y cambios en la dimensión institucional no necesariamente están asociados. En todo caso, lo que es claro es que tampoco son estos cambios que tengan una relación necesaria con la dimensión discursiva y subjetiva. Nuevamente, el aumento de la población cruza diversas culturas, y el aumento de la esperanza de vida ha ocurrido en contextos culturales muy distintos. En culturas muy distintas, con prácticas valores y significados diferentes ocurre que la población aumento, que tienen mayor esperanza de vida, que la base ecológica de dichas sociedades también lo ha hecho, que el uso de energía es en general mucho mayor.

Las dimensiones anteriores también son aspectos de la modernidad, y una discusión de la modernidad que no las aborde es necesariamente una discusión incompleta. Por cierto, ninguna discusión requiere abordar todas las dimensiones de un tema, y probablemente abordar todas las dimensiones sea una expectativa irrazonable; pero no se puede hablar de los cambios de la modernidad sin discutir este tipo de dimensiones..

El Nacimiento de la Modernidad: Cultura, Instituciones. Materialidad.

Hasta ahora hemos hablado de estas dimensiones como parte de un mismo fenómeno, pero quizás más adecuado sea plantear han sido transformaciones que se dieron al mismo tiempo. Los cambios en cuestión, en la dimensión que sean, han sido cambios que claramente se desarrollan en los siglos XIX y XX, y que tienen sus raíces en la 'modernidad temprana' (los siglos XV al XVIII). Es interesante plantearse la pregunta de si esta ocurrencia contemporánea implica una asociación necesaria de estas dimensiones o si fue una situación contingente que llevo a tres cambios no conectados a ocurrir en el mismo momento. No es imposible que estas transformaciones se dieran conjuntamente debido a una serie de circunstancias históricas específicas y no a una necesidad de los procesos en sí mismos, y por lo tanto pudieran desacoplarse o darse en distintas formas.

Podemos observar entonces lo siguiente. Estos cambios inicialmente ocurrieron en Europa (Hobsbawm, 1997). Esto no puede entenderse en el sentido que la modernidad sólo se pueda entender de acuerdo a procesos internos de las sociedades europeas, ni tampoco que otras sociedades en Eurasia puedan ser reducidas a sujetos pasivos en estos procesos (Dirlik, 2011), pero el caso es que las sociedades en que originalmente se dieron con claridad el tipo de características de la 'modernidad' fue en Europa. No es eurocéntrico, al fin y al cabo, reconocer que en el primer período de la modernidad, Europa y América del Norte fueron los actores dominantes, y que en la modernidad temprana uno puede observar un progresivo aumento del poder de esas sociedades. La asociación entre la modernidad y una cultura, y toda la discusión en torno a ello, se debe en última instancia a esa circunstancia: que al revés que el nacimiento de las sociedades complejas, del Estado, que sabemos ocurrió de manera independiente, sólo hay un lugar originario de modernidad. Para re-usar una vieja distinción en torno al nacimiento del estado: sólo hay una modernidad primaria, aun cuando existan varias secundarias. Si la modernidad, como hemos visto, supera las características específicas de una cultura, entonces esa asociación no es necesaria: culturas distintas pueden tener instituciones modernas. En última instancia, la idea de distintas trayectorias modernas, está asociado a este tema: Que instituciones o circunstancias sociales modernas se pueden dar a través de diferentes culturas, y que para ser 'moderno' no se requiere ser 'occidental'.

Pero quizás se podría argumentar que para que las instituciones y la materialidad moderna emergieran, y esto independiente de su expansión posterior, fue necesario la existencia de una cultura y subjetividad particular. En ese sentido, uno puede entender una tesis 'weberiana' sobre la modernidad (i.e su relación con un proceso de

racionalización, que sería culturalmente específico al Occidente) como una tesis específicamente histórica, pero no estructural. Por cierto que es discutible si fueron características culturales las que diferencian a Occidente, otras hipótesis se han desarrollado al respecto; y recientemente la idea que lo crucial para el desarrollo de las formaciones sociales actuales fue el hecho que no surgiera en Occidente una formación imperial ha adquirido cierta relevancia (Giddens, 1985; Wallerstein, 2004). Sin embargo, esta discusión nos muestra la importancia que puede tener el distinguir y tomar en cuenta todas las dimensiones del cambio moderno que hemos analizado. En algunas temáticas más específicas, también aparece como muy discutible el que sea una peculiaridad cultural el que diferencie a Occidente. Por ejemplo, en la literatura sobre el comercio en los siglos XVI-XVIII en el Océano Indico, la historiografía ha mostrado que en términos de prácticas comerciales es muy difícil observar una ‘ventaja’ de las compañías europeas sobre los comerciantes indios (Bose y Jalal, 1998; Pomeranz, 2000), que las ventajas reales eran las muy estructurales de la violencia (i.e el dominio militar naval); o quizás el desarrollo de la figura de la corporación. Por otro lado, tenemos autores que defienden características específicas de las sociedades europeas, como Mokyr (2002) lo hace en relación a la generación continua de nuevo conocimiento útil, la continua renovación tecnológica de dichas sociedades; pero aquí estamos en todo caso lejos de la concentración en el proyecto moderno como tal –y en posiblemente la dimensión cultural que más fácilmente se puede universalizar en diferentes ambientes. Del mismo modo que la escritura es un fenómeno cultural, y está asociado al nacimiento de los Estados, pero que operó igualmente en contextos muy distintos. Lo que no aparece claro es que sean elementos culturales específicamente europeos los que permiten (o requieren) que se de modernidad en otras dimensiones.

Lo que nos muestra esta discusión, y las comparaciones anteriores con la formación de sociedades complejas o el neolítico, es que las características institucionales y materiales de una formación social son, finalmente, compatibles con diversas formas culturales; o que cuando exigen elementos culturales, son aquellos que más fácilmente se transmiten entre sociedades (la escritura, el avance tecnológico constante) los que parecen ser más relevantes. En última instancia, la forma más sencilla de superar la discusión sobre el eurocentrismo sobre la modernidad es reconocer que el proyecto moderno ilustrado de la construcción de sujetos autónomos es el proyecto específico surgido en las sociedades europeas (que se ha extendido a otras sociedades), pero que no es parte necesaria de la modernidad: Se puede ser perfectamente moderno sin ser ilustrado.

Más allá del par tradición-modernidad.

La discusión sobre la modernidad, como hemos visto, es finalmente una discusión histórica. Y en este sentido, la comparación histórica es siempre crucial (Wagner, 2010). Para entender lo que es específico de las sociedades modernas, es necesario comparar con otras sociedades. De hecho, pensemos en la antigüedad clásica. Se puede argumentar, y Castoriadis en cierto sentido lo hace (Castoriadis, 1975), que la idea de sujetos autónomos –que se crean a sí mismos– es parte de la civilización griega clásica, y por lo tanto un atributo que no diferenciaría a las sociedades de los últimos siglos. Al fin y al cabo, sabemos que la discusión sobre la buena constitución –o sea, sobre la forma en que debemos organizarnos– era parte de la discusión política y filosófica de esas sociedades. Si asociamos la modernidad a sociedades con mercados desarrollados –donde la gente adquiere los bienes que consume comprándolos– uno puede mencionar que mercados desarrollados, llegando al nivel de algunos bienes básicos, eran conocidos en el imperio romano y que sabemos que existían ‘marcas’, o al menos, una versión muy básica de ellas en torno a la alfarería (Dyson, 1992; Ward-Perkins, 2005). La asociación entre secularización y modernidad no sólo muestra sus límites con la discusión de casos contemporáneos como la experiencia de Estados Unidos: Uno puede encontrar sociedades pre-modernas relativamente seculares. La sociedad tradicional china basada alrededor de un pensamiento ‘confuciano’ que no es sobrenatural, o la situación de las élites de antigüedad clásica, donde la religión tenía una presencia relativamente menor también nos muestra que la secularización y la modernidad no necesariamente van de la mano.

Incluso más allá de lo anterior, podemos plantear que algunos de los cambios de las sociedades contemporáneas, que incluyen crisis de las instituciones de la modernidad clásica (Beck & Lau, 2005), en varias circunstancias implican un renacimiento de formas institucionales que habían ocurrido en otros contextos previos. Por ejemplo, no deja de ser interesante que para ilustrar la estructura de los ejércitos medievales un autor haga la siguiente comparación con organizaciones contemporáneas: ‘The situation of medieval states varied between that of the United Nations and NATO in the late twentieth century. The UN has no operational forces of its own but has to rely on voluntary efforts from its member to enforce decisions, while NATO as an organization controls part of the armed forces of its members but has to rely on a broad political agreement if they are to be used operationally under NATO control’ (Glete, 2002, pág. 12). La creación de una familia donde la mayoría de sus miembros trabaja, y donde una parte relevante de las ‘tareas domésticas’ se consigue en el mercado en vez de ser producidas en el hogar no es un desarrollo de las sociedades contemporáneas, es un

desarrollo de la modernidad temprana y precede al invento moderno del siglo XIX del hogar del ‘ganador de pan y de la ama de casa’ (De Vries, 2009 [2008]).

Estos ejemplos también nos hacen ver otro de los problemas clásicos de la sociología para entender la modernidad: Al reducir todas las sociedades no modernas al molde limitado de la ‘sociedad tradicional’ no se puede observar la diversidad y especificidad de esas otras formaciones sociales, que es lo que a su vez permitiría una comprensión más adecuada de la modernidad. Como mínimo en algunos casos se puede observar que es mejor operar con un modelo triple: En relación al crecimiento económico y la revolución industrial, distinguiendo tres etapas: from a Malthusian to a post-Malthusian state, when population growth no longer depressed living standards, followed by the “modern” period of sustained increases in output per head’ (Voth, 2003: 222-223). O como lo muestra toda la literatura sobre variedades de la modernidad, del capitalismo o de regímenes de bienestar, que tratar a las sociedades modernas bajo un solo prisma no es suficiente. El par tradicional-moderno, heredero del *Gemeinschaft - Gessellschaft* de Tönnies, siempre ha resultado insuficiente para entender ya sea la sociedad ‘tradicional’ o la sociedad ‘moderna’.

Bibliografía

- Adams, J. (1996). Principal and Agents, Colonialists and Company Men: The Decay of Colonial Control in the Dutch East Indies. *American Sociological Review*, 61(1), 12-28.
- Appadurai, A (1996). *Modernity at Large*. Minneapolis; University of Minnesota Press
- Bauman, Z. (1999). *Modernidad Líquida*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Beck, U. (2006). *La Sociedad del Riesgo*. Barcelona: Paidós.
- Beck, U., & Lau, C. (2005). Second modernity as a research agenda. *British Journal of Sociology*, 56(4), 525-557.
- Bose, S. y Jalal, A (1998) *Modern South Asia: History, Culture, Political Economy*. Londres: Routledge
- Braudel, F. (1979). *Vida Material, Economía y Capitalismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Castoriadis, C. (1975). *La Institución Imaginaria de la Sociedad*. Buenos Aires: Tusquets.
- Coleman, J. (1990). *Foundations of Social Theory*. Cambridge, Mass: The Belknap Press of Harvard University Press.
- De Vries, J. (2009 [2008]). *La Revolución Industrial*. Barcelona: Crítica.
- De Vries, J., & Van der Woude, A. (1997). *The First Modern Economy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Diamond, J. (2005). *Collapse*. Nueva York: Viking.
- Dirlik, A (2011) Revisioning modernity; modernity in Eurasian perspectives, *Inter-Asia Cultural Studies*, 12 (2), 284-305

- Duncan-Jones, R (1990) *Structure & Scale in the Roman Economy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Dyson, S. L. (1992). *Community and Society in Roman Italy*. Baltimore: John Hopkins University Press.
- Ekelund, R., & Tollison, R. (1997). *Politicized Economies*. College Station, TX: Texas A&M Press.
- Garretón, M. A. (2008). *Del postpinochetismo a la sociedad democrática*. Santiago: Debate.
- Garretón, M. A., Cavarozzi, M., Cleaves, P. B., Gereffly, G., & Hartlyn, J. (2004). *América Latina en el siglo XXI*. Santiago: LOM.
- Giddens, A. (1977 [1973]). *El Capitalismo y la Moderna Teoría Social*. Barcelona: Labor.
- Giddens, A. (1985). *The nation-state and violence*. Cambridge: Polity Press.
- Glete, J. (2002). *War and the State in Early Modern Europe*. Londres: Routledge.
- Habermas, J. (1987 [1981]). *Teoría de la Acción Comunicativa*. Madrid: Taurus.
- Habermas, J. (1989). *El Discurso Filosófico de la Modernidad*. Madrid: Taurus.
- Harris, M. (1979). *El Desarrollo de la Teoría Antropológica*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.
- Hobsbawm, E. (1997). *On History*. New York: New Press.
- Inglehart, R. (1997). *Modernization and Postmodernization*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Joas, H., & Knöbl, W. (2009 [2004]). *Social Theory. Twenty Introductory Lectures*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Larraín, J. (2001). *Identidad Chilena*. Santiago: LOM.
- Larraín, J (2007) Latin American Varieties of Modernity, pp 41-58 en *Varieties of World-Making: Beyond Globalization* (Nathalie Karagiannis y Peter Wagner, editores). Liverpool; Liverpool University Press
- Luhmann, N. (2007 [1997]). *La sociedad de la sociedad*. Ciudad de México: Herder.
- Maisels, C. K. (1999). *Early Civilizations of the Old World*. Londres: Routledge.
- Matsunosuke, N. (1997). *Edo Culture*. University of Hawaii Press.
- Mokyr, J (2002) *The Gifts of Athena*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Morandé, P. (1984). *Cultura y Modernidad en América Latina*. Santiago: Cuadernos del Instituto de Sociología, Pontificia Universidad Católica.
- Mouzelis, N (2012) Modernity and the Secularization Debate, *Sociology* 46(2), 207-233
- Parkin, T y Pomeroy, A (2007) *Roman Social History, A Sourcebook*. Londres: Routledge
- Pomeranz, K. (2000). *The Great Divergence: China. Europe and the Making of the Modern World Economy*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Taylor, C. (2006). *Imaginario Sociales Modernos*. Barcelona: Paidós.
- Thompson, J. B. (1998 [1997]). *Los media y la modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Voth, H.-J. (2001). *Time and Work in England 170-1830*. Oxford: Clarendon Press.

- Voth, H.-J. (2003) Living Standards during the Industrial Revolution. An Economist's Guide.
American Economic Review Papers and Proceedings, vol 93 no 2: 221-226
- Wagner, P. (1997 [1993]). *Sociología de la Modernidad*. Barcelona: Herder.
- Wagner, P.(2010) Multiple trajectories of modernity: Why social theory needs historical sociology.
Thesis Eleven, 100: 53-60
- Wallerstein, I. (2004). *World System Analysis: An introduction*. Durham, NC: Duke University Press.
- Ward-Perkins, B. (2005). *The Fall of Rome and the End of Civilization*. Oxford: Oxford University Press.